

## directores "al margen"

El estreno de «Un extraño en mi vida», de Richard Quine, hace interesante el plantearse el caso no sólo de su director, sino de otros directores americanos de su generación y de similares características. El film que ahora nos llega data de hace cuatro años y es, por tanto, anterior a otros del mismo autor realizados con posterioridad y ya estrenados en nuestro país, como «Encuentro en París», «El mundo de Suzie Wong» y «La misteriosa dama de negro». Ello permite la reflexión, a la vista de los diferentes planteamientos y resultados de unas y otras películas, sobre los meandros por los que transcurre la personalidad de su autor. Llegado a la realización en el comienzo de los años cincuenta, Quine había sido previamente actor y guionista, colaborando con frecuencia con Blake Edwards. Con una concepción del trabajo muy americana, ha hecho de todo, ha tocado todos los géneros, de la comedia al drama sentimental, pasando por el musical. Y de ahí deriva el problema. No en el sentido de que un director deba encasillarse en una determinada temática, sino en el de que los sucesivos saltos —si no existe una fuerte personalidad, una clara actitud ante el mundo, sobre todo— puedan llegar a hacer que las películas valgan lo que valga la base literaria que las sustenta más el grado de brillantez y pericia que contengan, cosa que puede considerarse grave.

Si es verdad que el director debe servir al tema, no lo es menos el que debe servirse de él, adaptarlo a su personalidad sin traicionarlo, lograr esa unidad que en el terreno artístico hace que las obras de un autor sean inmediatamente reconocibles. «Un extraño en mi vida» prueba que en el caso de Quine esto no se produce. La película resulta, al margen de algunos momentos brillantes, algo así como un golpe más a la cantera de las adaptaciones de «best sellers» literarios centrados en historias de adulterio situadas en pequeñas ciudades provincianas. Que Quine haya dado al tema el tratamiento que le da, que se haya entregado a él sin preocuparse de distanciarlo o de imprimirle una impronta personal, viene a confirmar este aserto. Y lo confirma, precisamente, porque en otras películas su actitud ante personajes e instituciones es, o parece, distinta. Distinta, sobre todo, en cuanto que se aparta de caminos trillados y tradicionales, especialmente en sus comedias. Lo que lleva a pensar si Quine no realiza sus películas al margen totalmente de lo que a través de ellas va a decir a los espectadores, que empieza y acaba en sí mismo...

Esto enlazaría con la teoría del cine de amueblamientos de que habla el crítico francés Raymond Borden englobando en este concepto a todo un tipo de cine en el que no se trata sino de eso mismo, de cine al margen de toda preocupación no sólo exterior, sino de la específicamente cinematográfica de dar a cada obra el sentido que precise. En este caso concreto no puede hablarse siquiera de imposiciones de producción, ya que el propio Quine es productor de la película, en colaboración con Kirk Douglas. El problema queda, pues, planteado en los términos esquemáticamente expuestos.

Y en este terreno es en el que enlaza con el de toda una generación de hombres llegados al cine al mismo tiempo que Richard Quine, que quizá por oposición a la falsa generación de los falsamente «comprometidos» Ritt, Frankheimer, Mulligan, etc., han optado por seguir la tradicional postura de los viejos maestros o artesanos de Hollywood, de tocar a todo sin comprometerse en nada, de sacar el mayor partido a cada película tomada siempre como obra aislada y considerada desde dentro, sin más relación con el mundo exterior que la que viene dada a través de la taquilla; pero sin conexión con los supuestos culturales y sociales que debe intentar asumir el autor de una obra artística. Es significativo que, precisamente, todo este grupo de realizadores destaquen en la comedia, donde el ingenio, el juego de los actores y la brillantez priman ante cualquier otra consideración, y en este género hayan realizado obras que pueden calificarse de maestras. Así, los Minnelli, Edwards, Donen, etc., que aciertan plenamente en la comedia en muchas ocasiones, se estrellan casi siempre cuando intentan «tomarse en serio» y abandonan el género —que, por otra parte, puede ser realmente serio— que dominan totalmente. Es cuando pretenden decir grandes cosas cuando demuestran que no tienen gran cosa que decir, y cuando intentan una aproximación a personajes y conductas asentados en una realidad concreta y definible sin utilizar el prisma deformante de la sofisticación nos muestran la variedad de sus concepciones y su aceptación de todas las reglas del juego morales vigentes en la industria para la que trabajan. En este sentido, «Un extraño en mi vida» queda muy lejos de las mejores obras de su autor, de «Mi hermana Elena» o «Me enamoré de una bruja», por ejemplo, y muestra, aumentados, los defectos que, por la vía del culto al sentimentalismo, existían en «El mundo de Suzie Wong», o por la del conformismo, en «Un Cadillac de oro macizo».

CESAR SANTOS FONTENLA

E.E.E.



## BELLEZA DEL BUSTO

Serum "D"  
Desarrolla  
Serum "S"  
Reafirma



# LANCASTER

Arrête la marche du temps